

Este texto corresponde al discurso de clausura de la III Maestría de Neurociencia de la Universidad Internacional de Andalucía, en su sede iberoamericana de La Rábida, Huelva, leído por el doctor José María Delgado García, el 7 de mayo de 1998. El carácter iberoamericano de esta sede le viene dado por un pasado de honda tradición americana y a su emplazamiento en el más emblemático lugar colombino. A sus más de cincuenta años de tradición como casa de estudios dedicada a temas americanos, se unen ahora un presente y un nuevo futuro al ser la única universidad europea dedicada exclusivamente, en sus aspectos docentes y de investigación, a los estudios sobre América Latina y el Caribe, y a las relaciones de esta región con Andalucía, España y toda Europa. En suma, un auténtico centro iberoamericano en el que los estudios interdisciplinarios, y los esfuerzos de cooperación en materia de investigación y desarrollo tecnológico, ciencias sociales y humanidades entre universidades latinoamericanas y europeas, tienen un adecuado marco institucional donde desarrollarse.

cinco minutos...

José María Delgado García



A lo largo de mis ya muchos años de laboratorio he aprendido que el científico es una suerte de poeta de lo cuantificable, de lo que se puede pesar y medir. O también un pintor que trata de extraer lo real de lo aparente, un labrador que araña la superficie de todo lo que existe y busca desesperadamente la respuesta a preguntas básicas: ¿Por qué hay algo en vez de nada? ¿Cómo produce el cerebro el estado consciente? ¿Puede realmente un trozo de materia altamente organizada, como es el cerebro, entender el Universo?... Y así sucesivamente. Por el contrario, el poeta es un científico de su propio interior: nadie mejor que él describe y analiza su mundo interno, que no es otra cosa que cómo su cerebro interpreta el entorno que le rodea. Da la sensación que científicos y poetas se especializan en dos regiones distintas (fuera/dentro) de todo lo que existe, pero de algún modo convergen cuando se trata del conocimiento de la función cerebral. Por ejemplo, un poeta de aquí al lado, Juan Ramón Jiménez, nos previene: *¡No corras, vé despacio,/ que adonde tienes que ir es a ti solo!/ ¡Vé despacio, no corras, que el niño de tu yo, recién nacido eterno,/ no te puede seguir!* O don Miguel de Cervantes nos recuerda que el viaje más grato y ameno que se puede emprender (y el más difícil, habría que añadir) es el que lleva a uno mismo. En primera conclusión pues, podríamos decir que ahora que ustedes han sufrido una inmersión, inesperada por sus dimensiones, en el ámbito de la neurociencia habrán terminado por aceptar que entender nuestro cerebro es entendernos a nosotros mismos, que entender los mecanismos de la percepción es entender nuestra visión del mundo, que comportarse es desarrollar nuestro pensamiento en el espacio, y que pensar es moverse dentro de uno mismo en busca de nuevos puntos de vista, de

nuevas estrategias, de nuevas soluciones a un problema interminable.

Además de la ciencia que aprendieron, habrán observado que La Rábida es un fantástico lugar de encuentros en el que uno queda prendido para siempre. Hay días en que la luz cae sobre La Rábida como una lluvia de hojas doradas que, más que iluminarnos, nos difumina y adelgaza, nos pierde en un laberinto de pinos y eucaliptos. Así, amigos y amigas, alumnos y alumnas, colegas de años atrás reaparecen súbitamente entre los rayos de sol que se cuelean por los árboles.

Habrán observado también que este Centro genera realidades casi mágicas que no sé si su equipo rectoral conoce. Muchas medianoches veo cruzar el patio de La Rábida a un hombre blanco cargando un saco de carbón. Y muchos mediodías veo cruzar por el mismo sitio a un hombre negro cargando un saco de harina. También he visto a mujeres blancas con paquetes de café y a mujeres negras con paquetes de azúcar. Incluso neurólogos y neurocirujanos han puesto sus manos clínicas junto a las básicas manos de neuroanatomistas y neurofisiólogos para hacer algunos experimentos en común. Se cumple por tanto lo dicho. La Rábida es un excelente lugar de encuentro para la ciencia y para la convivencia.

La neurociencia es una actividad científica que produce pocos beneficios económicos. Ninguna empresa pagará *royalties* por saber que la conciencia parece que ocurre a un ritmo de 40 hertzios entre el tálamo y la corteza cerebral. Por otra parte, recuerden lo que ocurrió cuando los estadounidenses pisaron por vez primera el suelo de la Luna. Los poetas tuvieron que cargar sus bártulos y marcharse cuando menos a los anillos de Saturno. Igual de antipáticos aparecemos los neurocientíficos cuando tratamos de expli-

car que las emociones no residen en el corazón, sino en una complicada estructura cerebral que se denomina sistema límbico. Cuando menos esto obligará a los fabricantes de medallas del amor a cambiar de diseño: en vez de un corazón tendrán que representar un modelo en tres dimensiones de la amígdala, el hipocampo y la circunvolución del cíngulo.

Pero las cosas no cambian tanto. Como en la imagen clásica, nosotros caminamos por el filo de una navaja, con nuestros conocimientos a un lado y nuestros sentimientos al otro. La luna tomada a pequeños tragos es el mejor tratamiento que se conoce para aquellos afectados por el llamado mal de la vereda, tan frecuentemente observado en esta sede rabideña. Y el hecho de que nuestros sentimientos ocurran en otra parte de nuestro organismo no invalida la frase que hace un año lei en el patio del Museo de Antropología de la Ciudad de México: "Esos toltecas eran ciertamente sabios. Solían dialogar con su propio corazón".

Como podría decir Cesar Vallejo, el cerebro es un traspies entre dos estrellas. No son dos estrellas del firmamento, sino nuestro pensamiento y nuestro comportamiento. Sea para pensar lo que sea, sea para hacer algo o nada, pensamiento y conducta nos fluyen con tanta facilidad que nos olvidamos, o mejor dicho que nunca hemos reconocido, que ambos son fruto de la actividad cerebral. Para el siglo que se avecina, los comunicólogos nos van a poner a todos en común; esto es, todos estaremos en contacto. Pero recuerden que el gran misterio, que la última frontera por conquistar seguirá estando en nuestro propio interior y, además, por mucho tiempo. A veces alguien me pregunta por qué este curso de neurociencia se imparte en lengua española. La palabra es liviana e invisible, pero tiene un valor

incalculable. Por ejemplo, la palabra "cuidado" nos puede salvar la vida, pero si nos la dicen en chino seguro que el coche nos atropella. Los idiomas no deberían combatir entre sí, sino complementarse en lo posible. Hay regiones de la realidad donde uno sólo puede adentrarse armado de palabras españolas: la calma, el sosiego, las guerrillas, el botijo, pendejo, gili... Si una palabra, como "cuidado", nos salva la vida, dos palabras, como "te quiero", nos la conmueve. Muchas palabras juntas, como "dendrita", "neurotransmisor", "detrina", "amígdala", "cerebelo", etcétera, algunas de ellas en catalán y otras en portugués, han construido frase a frase nuestra peculiar manera de entender el cerebro y de explicar la neurociencia.

Me contaron que estabas enamorada de otro/ y entonces me fui a mi cuarto y escribí ese artículo contra el Gobierno/ por el que estoy preso, dice Ernesto Cardenal en uno de sus epigramas. Tanto Alberto Ferrús como yo hemos, si no estado presos, si tenido que lidiar con muchas dificultades por hacer este curso en un rincón de España y no en la capital del reino, por hacerlo en español y no en inglés, por obtener una financiación en equipo de prácticas que pocos organismos privados o públicos nos quieren conceder... Así y todo, yo al menos no

me arrepiento de nada de lo que hice. Si alguien alguna vez les pregunta cómo se nos ocurrió embarcarnos en esta empresa sería bueno que le contesten con las primeras palabras del famoso discurso de un americano ilustre, Martin Luther King: "Una vez tuvimos un sueño..." Y parafraseando de nuevo a Ernesto Cardenal habría que decir: puede que ustedes asistan a cursos mejores que éste, pero nunca encontrarán profesores más dedicados a sus alumnos que los que tuvieron aquí.

Hay que terminar. La última lección es la más difícil de todas porque tiene que hablar de despedidas y eso es siempre triste. Si cuesta trabajo desplazarse unos miles de kilómetros para llegar a un sitio como La Rábida, más cuesta después volver. La Sede Iberoamericana de la Universidad Internacional de Andalucía tiene un nombre más largo que los espaguetis que se sirven en su comedor. Pero, a fin de cuentas, y a pesar de su largo nombre, esta sede es de recursos limitados y poco os puede dar en apariencia. Andalucía no es precisamente la región más rica de la Unión Europea. Pero fíjense en una cosa. Ustedes vinieron aquí para obtener un título: un trozo de papel con un par de firmas que les avala como maestros y maestras en neurociencia. Y, sin em-

bargo, se llevan mucho más. Llevan todo lo que aprendieron en las clases y en las prácticas, todos los profesores y profesoras con los que charlaron y convivieron durante unos días, todos los amigos y amigas que hicieron. Alguno o alguna incluso lleva el sistema límbico hecho unos zorros. Aprendieron a estar juntos, a convivir, a no separarse con miedo, a que, como diría Gabriel Salinas, a que solos bien poco valemos. Aprendieron en suma que es más importante hacer camino al andar que alcanzar una meta. La Rábida es pobre y poco os puede dar, pero ustedes vuelven ricos en amigos, ricos en experiencia y ricos en conocimiento.

El tiempo a la vez que nos hace nos deshace. Somos las estelas en la mar que deja Machado, el breve brillo de la cola de un cometa. Fernando Pessoa sentía compasión por las estrellas por todo lo que tenían que durar. Nosotros ciertamente no tenemos ese problema.

Soy hombre: duro poco/ y es enorme la noche... nos dice en *Piedra de Sol* el recientemente desaparecido Octavio Paz. Y, sin embargo, nuestros anhelos, nuestros deseos, el mundo de conocimientos que construimos puede sobrevivirnos decenas de años, siglos incluso. La obra de la mente nos resulta a veces más insoportable que el peso de una roca, pero otras veces nos ilumina y se mantiene inalterable a lo largo de los años como el más puro de los diamantes. Algo similar confío que ocurra con todos ustedes.

Así termina Octavio Paz su poema

*...Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.*

La Rábida, Huelva

